

LA PAJA TOQUILLA EN CUENCA, REALIDAD Y PERSPECTIVAS

RESUMEN

Artículo en el que se aborda cómo la artesanía de la paja toquilla está ligada a la historia de la ciudad de Cuenca y su área de influencia, llegando a convertirse en importante generadora de ingresos y fuente de ocupación y de trabajo de miles de artesanos que, durante la primera mitad del siglo pasado, convirtieron a las provincias de Azuay y Cañar en talleres manufactureros del sombrero de paja toquilla, desempeñando un papel preponderante dentro de la economía de la comarca. Igualmente, junto con una investigación sobre la obtención de la materia prima, la manufactura de los sombreros, productos alternos y técnicas empleadas, se destaca cuál es la realidad y perspectivas futuras de la artesanía toquillera.



Referirnos a la paja toquilla es abordar la historia de los sombreros de paja toquilla, artesanía que está fuertemente ligada a la historia de las provincias de Azuay y Cañar, las cuales a finales del siglo XIX y hasta la primera mitad del XX, se convirtieron en importantes talleres manufactureros, monopolizados por un grupo de firmas exportadoras, localizadas en la ciudad de Cuenca, asociadas a casas importadoras, básicamente de Estados Unidos. A pesar de que estas dos provincias, por sus condiciones geográficas, no producen la materia prima, la manufactura de los sombreros de paja toquilla aparece, se manifiesta, consolida y mantiene, por la inmensa tradición artesanal que siempre ha caracterizado a lo que podríamos llamar la región

centro sur del país, talento y habilidades innatas, que han sido reconocidas por propios y extraños, incluso desde inicios de la época colonial

Con la artesanía toquillera, igualmente, las dos provincias se integran al mercado de exportación, pues si bien a mediados del siglo XIX existía la exportación de la cascarilla, para la producción de la quinina (medicina con la cual se combatía el paludismo, que se la exportaba por Guayaquil hacia Europa) sus montos no fueron mayormente significativos dentro de la economía provincial, que por ser zona de volcanismo antiguo, presentaba suelos erosionados, desgastados, en los que, con una tenencia minifundista del terreno, se practicaba una agricultura de

autoconsumo o subsistencia. Con esta artesanía, Azuay con su capital Cuenca, y Cañar, no únicamente ingresan al mercado internacional, sino que contribuyen a que se inicie un rápido proceso de urbanismo, apareciendo grandes edificaciones, de propiedad de los exportadores, en el centro de las ciudades, que contrastan con la pobreza y humildad de las viviendas de las tejedoras y en general de la gente de estratos sociales más bajos.

Es una artesanía en la que una amplia gama de individuos, a lo largo de los años, han configurado patrones socio-económicos distintos de los que se dieron en la época de la colonia, en los de inicios de la República o en la época actual, por cuanto la red socio-económica estuvo dada por aspectos históricos, geográficos, humanos y comerciales diversos. Así en la colonia se manufacturaron los sombreros, lo cual implicó un conjunto de relaciones



diferentes de lo que ocurre en el país en el contexto actual, además geográficamente la costa aparece como la productora de la materia prima y la sierra como procesadora de la misma. Igualmente, dentro de esta artesanía participan diversos individuos, que no sólo pertenecen a estratos sociales diversos, sino que incluso son de origen étnico distinto: cholos y montubios y, como su producción está destinada a satisfacer tanto los mercados nacionales como internacionales, se involucran en el proceso otro conjunto de personas, los exportadores y los trabajadores del acabado del sombrero, incluso éstos últimos ya dentro de los países importadores.

Finalmente, como la sociedad es la generadora económica de la producción, se determina el tipo de economía existente, que puede ser de subsistencia o autoconsumo o de comercio o exportación, no siendo, por lo tanto, las divisas distribuidas equitativamente en los diferentes estratos sociales, pues unos

son los que aportan la mano de obra, otros los que realizan la transformación de la materia prima, otros los que comercializan el producto (perros, intermediarios y comisionistas) y otros los que lo exportan.

Por todo ello considero que es a partir de esta manufactura que aparece y se consolida una moderna estructura de clases sociales, la de tejedores y la de exportadores y entre ellos una serie de trabajadores más, con características propias derivadas del proceso en mención. Y, es a partir de esta artesanía, que la ciudad de Cuenca y las provincias del Azuay y Cañar acceden al mercado internacional con la exportación de estos productos, porque si bien la cascarilla fue el primer producto que se exportó, durante el siglo XIX, no representó montos significativos, ni involucró en forma masiva a la población, como lo hizo la artesanía toquillera.

Es una artesanía en la que intervienen un elevado número

de personas, así, la producción se inicia en la costa y el oriente ecuatoriano, en las plantaciones de la fibra, que luego de cultivadas son vendidas a los comerciantes costeños. Ellos someten la materia prima a tratamiento, clasificación, maceración y embalaje, entregando a comerciantes mayoristas, encargados de “colocar” la mercancía en las ciudades de Azuay y Cañar, para entregarles a las pajeras o *revendonas* de paja, para que realicen la venta

al menudeo de la fibra a las tejedoras; quienes, una vez tejido el sombrero, lo venden a los “perros” o “comisionistas”, que en su gran mayoría son agentes intermediarios de las casas exportadoras, hasta donde llega el producto semi-elaborado para ser entregado a otros trabajadores, generalmente, vinculados con las casas exportadoras, para la realización de los procesos de acabado y de compostura del sombrero.



SURGIMIENTO E HISTORIA DE LA MANUFACTURA TOQUILLERA

Señalar con precisión una fecha exacta de cuándo, cómo y por qué apareció la manufactura de los sombreros de paja toquilla, es difícil, al no encontrarse material bibliográfico e histórico, que permita señalar con precisión épocas y años concretos. Pero tratando de superar estas limitaciones, se señalarán posibilidades que demuestran cómo esta manufactura ha constituido y constituye una importante actividad ocupacional de los habitantes de las provincias de Azuay y Cañar desde épocas remotas, pero que adquiere enorme consistencia y fuerza a partir de la época republicana, concretamente hacia finales del siglo XIX y sobre todo durante la primera mitad del siglo XX, en la que se convierte, gracias a la exportación de los sombreros, en una importante fuente generadora de divisas para el Estado ecuatoriano.

Seguramente el tejido comenzó en los Períodos Formativo, luego en el de Integración, dentro de la Confederación Manteña, más tarde entre los Huancavilcas, Mantas y Caras, aborígenes que habitaban lo que hoy comprenden las provincias de Guayas y Manabí y que históricamente han sido considerados como hábiles tejedores y trabajadores en el arte textil, y de ellos, seguramente, heredaron estas cualidades los habitantes de dichas provincias y es así como en la época Colonial ya se destacaron como verdaderos maestros en el tejido de los sombreros de paja toquilla, tradición que se la mantiene durante la República, tiempo en el que se los lleva a otras partes para que enseñen esta manufactura.

En 1630 llega a las costas manabitas el criollo Don Francisco Delgado, quien admira la habilidad artesanal para tejer con un fibra, seca, larga y delgada, procedente de las hojas de un árbol, que se lo cultivaba en las zonas montañosas de la

provincia, fibra conocida con el nombre de paja, con la que elaboraban sombreros que les servían para protegerse de las inclemencias del tiempo a más de ser un hermoso elemento decorativo.

En el año de 1837 se emite un decreto prohibiéndose la exportación y comercialización de la paja toquilla, especialmente a Perú y Colombia, con lo que los tejedores manabitas se dedican a tejer ya en forma ma-

siva sombreros con esta fibra. Esta manufactura se extendió a otras provincias del país y si bien, según Víctor Manuel Albornoz, en el Azuay se tejían sombreros desde 1835, es a partir de 1844 en que el Cabildo Cuencano ordena que se instalen dos talleres para aprender esta artesanía, contratándose al maestro Ugalde para que enseñe el oficio, con el objeto de que sea fuente de ocupación de la población y como medida para superar la fuerte



crisis económica que aquejaban a estas provincias australes. En 1845 Bartolomé Serrano, Corregidor de Azogues, contrata a maestros de Jipijapa y Montecristi para que difundan el tejido toquillero, al observar que los costos que ocasionaba la compra de la materia prima y las pocas “herramientas” que se requerían eran insignificantes, comparado con el hecho de que ésta era una actividad que podía ponerse al alcance de todas las personas, sin distinción de sexos ni edades.

Poco a poco, esta artesanía se perfecciona en estas provincias, a pesar de no ser las productoras de la fibra, y a finales del siglo XIX y hasta la primera mitad del XX no había localidad citadina o campesina en la que no se tejieran los sombreros de paja toquilla, que empiezan a competir en calidad con los más finos de Montecristi y Jipijapa, convirtiéndose Azuay y Cañar en un verdadero callejón manufacturero. Si bien ya en 1849 se inicia la exportación de sombreros a través del puerto

de Guayaquil, es en las décadas de 1880 y 1890 que su demanda aumenta, pues con la construcción del canal de Panamá se difunde, entre los trabajadores, el uso del sombrero, por ser un objeto adecuado y útil, tanto por las condiciones climáticas como por el trabajo que ellos realizaban. Desde Panamá se distribuía hacia el Norte y a Europa, con el nombre de “Panama Hat”, quedando los nombres de Jipijapa, Cuenca y Montecristi como referencia de modelo o calidad. Y es en la ciudad de Cuenca en donde se instalan las principales casas exportadoras del sombrero de paja toquilla, situación que sin variantes continúa hoy en día.

En los años siguientes hasta la actualidad, se continúa con la artesanía de los sombreros de paja toquilla y es entre 1943 y 1953 en que se obtienen las cifras más elevadas de exportaciones, que si bien no se han mantenido constantes en los últimos años, aún siguen y seguirán reportando ganancias al Estado ecuatoriano.

MATERIA PRIMA

La *Carludovica Palmata*, materia prima para la confección de los sombreros de paja toquilla, se la cultiva en las partes montañosas de la costa y el oriente ecuatoriano, en las provincias de Guayas, Manabí, Esmeraldas y en Morona Santiago. Crece en forma silvestre en los bosques tropicales de las provincias mencionadas, en los declives inferiores de la cordillera occidental, con climas cálidos y húmedos. Actualmente, su producción se la circunscribe en las provincias del Guayas en Barcelona, Cadeate, Las Lomas, Valdivia, Manglaralto, Olón, Pedro Carbo, Isidro Ayora; en Manabí en las zonas de El Pile y el Aromo y en Gualaquiza en la de Morona Santiago. “*Carludovica Palmata*, Ruiz Et Pavon, es su nombre botánico dado en honor al rey Carlos IV y a la Reina Luisa, soberanos de España, resultante de la contracción de los nombres latinos *Carolus-Carlos* y *Ludovica-Luisa*. Pertenece a la familia de las

Ciclantáceas y es nativa de la América tropical.

La paja toquilla es una planta similar al plátano, una especie de palmera sin tronco, cuyas hojas se abren en forma de abanico, que salen desde el suelo y que se halla sostenida por largos pecíolos cilíndricos. Se la siembra en hileras a 4 varas de distancia de ancho y largo. Si el invierno y las condiciones climáticas son buenas, comienza su producción a los dos años y medio, en caso contrario su primera cosecha demora, aproximadamente unos cuatro años. El número de cogollos que se obtenga de la planta dependerá del número de hijastros, que varían según la edad de la siembra y la calidad de la papa. Cuando la cuadra está bien cuidada y alineada adecuadamente se puede alcanzar una producción de cuarenta “ochos” es decir de 4.480 cogollos.

El tubérculo de la toquilla se la siembra una sola vez. La semilla se la obtiene en

los mismos cerros, en los toquillares viejos, por lo que es indispensable que los cultivos se realicen en zonas sin cubierta vegetal, para que no se impida la proliferación de los hijastros que la planta posee. Cada planta tiene hojas anchas que alcanzan de dos a tres metros de largo. La parte exterior de la hoja es de color verde, en cambio que el centro de la misma es de color blanco marfil o blanco perla, que es de la parte de la cual se obtiene la paja para la fabricación de los sombreros

La fibra, cultivada en la montaña, es procesada en los propios lugares de producción, contratando los dueños a trabajadores vecinos a las zonas de cultivo, quienes con un rpiador o gramil, eliminan la parte exterior de la fibra o sus filos para obtener la paja, haciendo cuatro tapas de cada cogollo. Realizado el desvene se procede al cocinado y secado de la paja en cordeles al aire libre. Estas tiras delgadas se hallan adheridas al peciolo y se involutan y enrollan hacia

adentro, formándose de este modo las hebras finas y cilíndricas llamadas paja toquilla. Realizado el último proceso, el de sahumado, proceden a enviar en bultos a los comerciantes mayoristas de la sierra, quienes a su vez entregan a las pajeras o revendonas de paja para la venta al menudeo en las ciudades de las provincias de Azuay y de Cañar.

MANUFACTURA DE LOS SOMBREROS

Adquiridos los cogollos por parte de las tejedoras, se comienza inmediatamente con el tejido de los sombreros, al no requerir la fibra de ningún tratamiento o procesamiento posterior. El número de cogollos que deberán comprar depende del tipo o clase de sombrero a confeccionarse. Así para un sombrero fino se requiere de doce cogollos, diez para el grueso o corriente y ocho o nueve para el calado, que resulta el más económico y rápido de manufacturar.

Señalar el tiempo de duración de esta actividad resulta tarea difícil e infructuosa, al intercalar las tejedoras la realización de este oficio con sus tareas cotidianas, tanto domésticas como agrícolas; recordemos que esta labor constituye un elemento indispensable dentro del mantenimiento de sus familias, siendo una ocupación secundaria, que les permite -en

cierta forma- “rellenar” su exiguo presupuesto familiar.

Es ésta una artesanía que requiere de menos tiempo de aprendizaje, de menos fuerza material, de menos capital y de menos empleo de herramientas o utensilios, posibilitando que cualquier persona sin distinción de sexo e incluso edad, esté capacitada para la confección



de sombreros, como efectivamente sucedió en la época del auge taquillero, época en la que las provincias de Azuay y Cañar se convirtieron en talleres manufactureros, pero que en la actualidad más del 90% de la mano de obra pertenece al sexo femenino, que sigue realizando esta artesanía como complemento a su presupuesto familiar.

El sombrero consta de tres partes: plantilla, copa y falda. El tejido se comienza por la plantilla que tiene una forma circular. Se lo inicia con pocas pajas, con las que se elabora una especie de rosa, desde donde se forma la plantilla o coronilla, que crece a medida que se agrega en ella un mayor número de fibras, hasta dejarla concluida para descender a la copa y luego volver a expandirse, con la introducción de más engires para la conclusión de la falda, procesos en los cuales se tiene especial cuidado de ir humedeciendo la paja para lograr su completa flexibilidad. La habilidad manual del artesano

es la que da la calidad al objeto, siendo las labores o calados que en ellos se hagan, producto de su iniciativa personal.

Para el tejido de la plantilla y de la falda no se requiere de instrumento alguno, no así para la copa en la que se hace indispensable el uso de la horma, que es la que va a dar forma al tejido, empleando una correa o cinta -preferentemente de cuero- que permite ir apretando y templando el tejido, para darle mayor consistencia y fuerza para evitar que se vuelva flojo y sin forma. Siempre tiene al alcance de sus manos un tazón u olla de barro con agua pura o de vertiente, en la que humedece los dedos, conjuntamente con un cepillo que lo pasa sobre el tejido y las pajas, para que la fibra sea menos dura, más flexible y adquiera la forma ideal para el manipuleo y tejido del sombrero. Concluido el tejido de la falda, se hace el rematado de izquierda a derecha en la sierra y de derecha a izquierda en la costa, sin cortar las pajas sobrantes. Según el número de

hebras que se emplee para el tejido, se hablará de sombreros pareados de dos pajas por una o chullas de una paja por una. Aquí en donde termina la tarea artística de nuestras hábiles tejedoras, quedando el sombrero listo para que en él se efectúen los procesos últimos de acabado, los mismos que implican: al azoque, lavado, sahumado, semiblichado, planchado, prensado, etc.

PROCESOS DE ACABADO DEL SOMBRERO

El trabajo manual de los tejedores concluye con el rematado, pero sin que se corten las pajas sobrantes. Este producto va a ser adquirido por los “comisionistas” agentes intermediarios (reciben una comisión por este trabajo, de ahí su nombre), quienes son los encargados de seleccionar y comprar los sombreros semi-elaborados a personas procedentes de los sectores rurales (a quienes se los conoce con el nombre de “perros”) y de las urbes, para

revenderlos a las Casas Exportadoras encargadas de realizar los últimos procesos de acabado o compostura del sombrero, antes de su exportación.

El primer proceso es el del azoque, mediante el cual se aprietan o rematan los cabos del sombrero, de forma tal que el tejido no se abra y ofrezca, más tarde al usuario, mayor seguridad. El segundo proceso está a cargo de los compositores, que son operarios encargados de componer o preparar el sombrero azocado, son operarios especializados en la compostura del sombrero, que engloba los procesos de: lavado, desengrasado, enjuague, blanqueado, sahumado, hormado, planchado y maceteado. El lavado lo realizan en cestas de plástico o de cualquier otro material, que las sumergen en grandes tinas. Se efectúan dos lavados, uno con agua tibia para eliminar la grasa de los dedos de las artesanas, por un espacio de doce minutos y el otro con fría, por uno o dos minutos. Hoy en día este proceso se ha



simplificado con la utilización de detergente, material que elimina eficazmente los residuos de impurezas que contienen los sombreros.

Para la operación de blanqueado se requiere completar, por lo menos semanalmente, la producción de sombreros, para no tener desperdicios de vapor e ingredientes, que podrían incidir desfavorablemente en

los costos de producción. Se realiza en un cuarto hermético construido para tal efecto (antes cajones especiales), en el que se somete a la paja o al sombrero ya terminado a vapores de azufre, para que se decolore, por un lapso entre ocho o diez horas, no pudiendo ser abierto -por ningún motivo- antes del tiempo previsto. Es un paso que se lo complementa con el del secado, que antes se lo

hacía en patios o en lugares amplios al aire libre, pero hoy existen secadoras de sombreros que simplifican y agilitan este proceso, al secarlos en unos cinco o seis minutos a temperaturas aproximadas de 45° centígrados. En el sahumado, a su vez, se someten los sombreros ya blanqueados con la finalidad de fijar el color, empleándose las mismas sustancias, colocándose los sombreros en angarillas o sostenes por un tiempo de ocho a diez horas, volviéndose a

repetir un nuevo proceso de secado.

Una técnica más sofisticada es la del semiblichado o blanqueado químico a base de perboratos y cloratos de potasio, productos que -al ser ácidos- necesitan que se los mezclen con fosfatos para alcanzar el PH ideal. Ciertas casa exportadoras trabajan con PH alcalino de 10 u 11 para lograr un mejor blichado, ya que el PH de 7, que es neutro, tiene inconvenientes, pues prolonga exageradamente



el tiempo de blichado, dependiendo en última instancia, el blanqueamiento que se dé a los sombreros, de los gustos y exigencias del usuario.

El hormado, planchado y maceteado son técnicas simultáneas. En el primer caso los compositores utilizan la horma para, ajustando el sombrero terminado en ella, darle la forma correcta, mientras se lo macetea o golpea con un mazo de madera, para igualar la superficie del tejido y mejorar su aspecto general. Si bien es una operación que parecería hasta cierto punto simple, se requiere de gran destreza, en caso contrario puede herirse y desmejorarse el tejido por los golpes dados sin medida. Luego se pasa una plancha caliente por todo el tejido para alisarlo y para que adopte la forma homogénea y fina, característica de los sombreros de paja toquilla. Todos estos procesos descritos anteriormente pueden ser realizados ocasionalmente por las tejedoras, pero se vuelven imprescindibles

dentro de los procesos de compostura.

Uno de los procesos, aunque no siempre se lo lleva a cabo, es el de los pasadores de paja, que lo efectúan preferentemente las mujeres, quienes tienen la responsabilidad de manejar los sombreros e ir sustituyendo pajas buenas por malas, directamente en el tejido hecho por las artesanas toquilleras, intercalando además las fibras que fuesen necesarias en los tejidos malos.

Es necesario destacar que, hasta cierto punto de vista, los compositores constituyen una mano de obra especializada, por lo delicado y difícil de su misión, al depender de ellos la forma y calidad del sombrero futuro que se distribuirá en los distintos mercados internacionales.

Las técnicas que se emplean en los sombreros tinturados son las mismas descritas en párrafos anteriores, con la peculiaridad de que después de

realizado el blanqueamiento se procede al tinturado. Para ello se reúne la producción semanal, colocándose los sombreros en tinas especiales, en las que previamente se han disuelto los colorantes, sumergiéndoles por lapsos de 45 minutos a una hora. Se prefiere realizar el tinturado directamente en los sombreros y no en la fibra, porque en la confección del sombrero, el manipuleo constante y la falta de aseo, pueden causar variantes negativas en el color que inicialmente se deseó obtener.

Concluidos los procesos de compostura se pasa a la clasificación final de los sombreros, teniendo en cuenta la calidad, forma, tamaño, clase y color de los mismos, para finalmente realizar el embalaje, como paso previo a la exportación

Los sombreros que se exportan no constituyen un producto de consumo final, pues no están listos todavía para el uso, por cuanto se los exporta en forma de campanas o formas de paja toquilla y son los países

importadores los que requieren de mano de obra adicional para efectuar los procesos de prensado y terminado del sombrero. El prensado es darle forma al sombrero, mediante distintas hormas según sea el modelo, es un proceso que para mermar costos, sobre todo de embalaje, no se lo realiza siempre, a pesar de que las casas exportadoras sí están en capacidad de hacerlo y hoy en día se ha generalizado mucho los pedidos de que se envíen ya los sombreros prensados u hormados.

Igualmente los países hacia cuyos mercados exportamos los sombreros de paja toquilla, a más del proceso anterior, tienen que realizar el guarnecido, el mismo que puede ser parcial o completo. En el primer caso tan solo se colocará el cintillo y el tafilete interno, que generalmente es de cuero, justamente en la unión de la copa y de la falda del sombrero, para preservar el sombrero del sudor de la frente, evitando su deterioro y que se vuelva de un color amarillento. El guarnecido

completo a su vez incluye el cintillo, el tafilete interno y el revoque que se lo coloca dentro del sombrero y en el cual va impresa la etiqueta de la casa exportadora o simplemente el nombre de *“Panama Hat”*, que hoy en día es sinónimo de calidad y no de que sea un sombrero confeccionado en ese país. Estos últimos procesos sí lo realizan las casas exportadoras, sobre todo en aquellos sombreros destinados a abastecer el consumo de los mercados internos, en los que se admiran

la variedad de formas, diseños, colores tanto en sombreros de hombres como de mujeres, pero no necesariamente cuando se trata de exportarlos.

PRODUCTOS ALTERNOS AL TEJIDO DEL SOMBRERO

Desde las décadas de los años 70 del siglo pasado, la caída y disminución de los volúmenes de exportación de los sombreros de paja toqui-



lla fue evidente y, ante esta situación, las hábiles y creativas artesanas de la toquilla se idearon para aprovechar al máximo los sobrantes de la fibra que, por su naturaleza al ser suave y dócil para el manejo, responde idóneamente a las habilidades manuales que, mediante el tejido, permite la confección de objetos en los que las fronteras entre lo utilitario y lo estético se confunden en un solo abrazo.

Comprobado está que el ser humano tiene una ilimitada dimensión estética, pues puede encontrar en los entornos naturales contenidos de belleza que motiva su espíritu y le faculta a modificar lo que espontáneamente brinda la naturaleza, elaborando objetos de diversa índole, cuya belleza refleja el espíritu del creador y se traslada en tantos y tantos objetos, que servirán más tarde para el uso y deleite de los demás.



Como se señaló anteriormente, a los sombreros de paja toquilla le aquejan varios problemas, pero a pesar de ello se sigue trabajando con esta fibra. En determinadas parroquias de los cantones orientales de la provincia del Azuay como Gualaceo, Chordeleg y Sígsig, se ha perfeccionado la artesanía de una serie de productos alternativos al tejido del sombrero toquillero, cabalmente para aprovechar las pajas sobrantes que al ser demasiado cortas no sirven para el tejido de los sombreros.

Hoy en día es notoria la existencia de una enorme diversificación de productos y objetos que son manufacturados utilizando como materia prima la Carludovica Palmata. Es una artesanía que, como se indicó, aparece para evitar los desperdicios de la fibra, ya que cuando se efectúan las particiones previas al tejido del sombrero, unas resultan más cortas que las otras o porque creyeron que con esta manufactura podrían obtener una

mejor remuneración económica, al aprovechar al máximo la materia prima y al ser susceptibles de elaborarlos en tiempo menor. Incluso, según el decir de muchas tejedoras, es un trabajo más fácil de llevarlo a cabo y están conscientes de que al existir esta diversificación de objetos, están ofreciendo al usuario final un producto totalmente terminado, que no requiere de los procesos de compostura, como ocurre en la artesanía sombreroera.

Dentro de esta inmensa variedad están presentes objetos tanto utilitarios como decorativos que guardan belleza, armonía y sincronía digna de todo elogio. Con perfección y maestría se combinan gamas, colores, figuras geométricas, tejidos pareados, calados, chullas, atributos que los individualizan y los convierten en únicos y exclusivos, tanto en los comercios nacionales como extranjeros que pueden observar servilleteros, cajas de variadas formas, joyeros, lámparas, individuales, portavasos, flores,

muñecas, figuras tradicionales, etc., etc.

EI SOMBRERO DE PAJA TOQUILLA Y SUS PERSPECTIVAS FUTURAS

Una vez hecho un esbozo, bastante sintético de la artesanía de los sombreros de paja toquilla, queda flotando una pregunta

inquietante sobre cuáles serán las perspectivas futuras de esta importante artesanía, al tener en la actualidad que competir con sombreros provenientes de Asia que están inundando el mercado europeo y la competencia de los sombreros producidos en Perú y Colombia.

Es como se acotó la artesanía estrella de la ciudad de



Cuenca y de su área de influencia, la que ha proporcionado mano de obra y fuente de ingresos a su población. Todavía se la sigue practicando y las casas exportadoras continuamente buscan nuevos canales de comercialización, gracias a la innovación de modelos y de diseños que es lo que permitirá mantenerla viva y en los sitios que se ha ganado a pulso. Es indiscutible que la artesanía toquillera en nuestro medio comarcano tiene visos de profunda resonancia social, pues las provincias australes se encuentran unidas férreamente a esta artesanía, no sólo por lo que sucede en la actualidad o por lo que aconteció ayer, sino principalmente por lo que podría acontecer mañana

Existe un fantasma sobre la artesanía de los sombreros de paja toquilla. Es el llamado “sin sombreroismo” en término usual en nuestro medio, adscrito al comercio de la toquilla. Las épocas han hecho que la gente procure evitar el uso

del sombrero y la moda, que tanto significa en el campo de la actividad humana, ha desterrado la idea de que lo elegante y lo bien visto es el uso del sombrero.

Lo que antes era un ritual ineludible de cumplirlo, cuando se imponía el uso del sombrero, es hoy combatido en todos los ámbitos posibles y el vencimiento que hoy se logra margina a esta artesanía de los triunfos que tuvo ayer y que quiere seguirlos teniendo en el futuro.

Es necesario pensar en el futuro de manera seria y decidida y para ello considero que pueden implementarse medidas fundamentales, como hacer de la artesanía toquillera núcleo fundamental de arte y necesidad, porque en estos dos aspectos está lo esencial de su vida misma: el aspecto artístico es importante y la necesidad de tener, usar y gozar de las cosas que tienen esencia artística, es anhelo de todos los hombres de la tierra.

El artesano es hombre que ha tomado el arte de tejer, solamente como una especie de complemento a su trabajo diario, al estar dedicado a un sinnúmero de actividades, pues no hacen ni tienen el trabajo con la toquilla como motivo central de su vida misma, pues los precios que se pagan no justifican la labor constante. El trabajo llena horas de ocio, días de descanso de otra actividad, instantes nocturnos en los cuales se suspende otra labor, de la que fundamentalmente se vive. Es esa la realidad del artesano que teje. Mejor están quienes comercializan el sombrero, pues preparan el sombrero comprado al pueblo, le inyectan vida artística para exportarlo o ponerlo al servicio del mercado y no deja de ser raro entonces, que el tejedor no vive de su trabajo sino que de él vive el comerciante y el exportador. Para ello es necesario que el Estado, conjuntamente con las entidades que se dediquen a esta labor, dicte leyes comerciales y justas que hagan posible el mantenimiento y fortalecimiento de una artesanía tan nuestra,

como es la de los sombreros de paja toquilla.

Dentro de esta artesanía se evidencia de manera notoria que la innovación y el cambio sí son posibles, pues ésta no sólo es una pervivencia del pasado, sino que en la actualidad y por el comercio, está resultando una consecuencia de la sociedad moderna, cubriendo necesidades que no puede atender la sociedad industrial dedicada a la producción en serie; que es una artesanía que sí tiene porvenir, porvenir que no reside ciertamente en una competición con los productos industriales, sino en el reconocimiento de lo que específicamente representan los sombreros de paja toquilla: autenticidad, originalidad y calidad. Esta es una exigencia que obliga a un esfuerzo de innovación incesante, tarea en la que tienen que estar involucrados los artesanos, intermediarios y casas exportadoras, para mantener esta artesanía como uno de los pilares de la cultura tradicional popular y de la memoria colectiva del pueblo al que pertenece.

Los artesanos toquilleros tienen que adecuar su trabajo a las necesidades de la sociedad global a la que dirigen su oferta, conocer sus necesidades, sus gustos y exigencias, tener conciencia de que su producción no debe ser únicamente para el mercado local, sino para el global, al que hoy sí pueden y tienen acceso gracias al desarrollo de las comunicaciones y de la Internet, que les abre posibilidades de acceder a gustos, modas y tendencias actuales que pueden ser incorporadas, (colores, tamaños, formas, etc.) manteniendo lo propio en sus objetos artesanales, pues no se trata de que, por la influencia del mercado mundial y su demanda, los artesanos copien lo que el público quiere (el caso de China), sino conocer que los gustos y tendencias de hoy son compartidos globalmente y que debe existir una adaptación de las artesanías en general a los procesos globales en los que se está inmersos, con una firme decisión de resistirse a la adulteración o disminución de calidad y de la autenticidad

que es lo que asegurará su supervivencia.

Esa es su visión y su misión, que no puede ser estática, todo lo contrario, tiene que siempre estar abierta al cambio, a la dinamia del mercado actual, manteniendo vivas sus tradiciones, pero adaptándose a los cambios que no van a hacer que la originalidad y autenticidad se pierda, todo lo contrario va a reforzarse y va a poder ser competitiva y subsistir en las actuales sociedades de consumo. También es conveniente esforzarse en mantener y en cambiar en parte la mentalidad del artesano, en el sentido de que lo que tiene mayor calidad goza de mayor apetencia y se vende a mejores precios y con más rapidez, por cuanto a veces con el afán de producir más y vender más sombreros, se descuida la finura del producto y los detalles finales, debiendo tanto el artesano como las instituciones que velan por las mismas, tomar muy en cuenta estos aspectos a más del destino de los productos y los

condicionamientos manifiestos o subyacentes del comprador, pues es indispensable tomar en cuenta al gran mercado y organizar la producción pensando en él.

Finalmente, hay que tener presente que la calidad total de los sombreros y objetos alternativos, se logrará cuando éstos respondan a las motivaciones, tanto de los países desarrollados y de los sectores medio y alto de

los subdesarrollados y cumplan con las normas de excelencia en lo referente a los materiales, procesos y detalles que deben tener, ya que unas artesanías muy bien diseñadas pueden no alcanzar la aceptación por defectos de calidad, a la vez que aquellas que cumplen con todas las normas de calidad pueden no ser atractivas por deficiencias en el diseño, siendo necesario entonces la concurrencia de ambos factores. n